

Comentarios a un atentado

Sería cosa de reír, si no se tratase de asunto tan serio, y es cosa de indignarse, al meditar en los comentarios de cierta prensa que se cree sensata.

Dan ganas de reír tristemente cuando desdoblado un periódico liberal, conservador o independiente, que hablan del infortunado Canalejas vemos expresado en estos o parecidos términos:

«Fue obrero incansable en las fuentes del saber, y si hubiera creído que iba a morir asesinado quizás se hubiera preocupado de guardarse en todo momento menos en aquel que ayer lo fue: él no hubiera creído capaz a un hombre de matar a otro que está ante un libro.»

«Al recibir el primer balazo cayó de rodillas, como si un supremo esfuerzo le hiciese mantenerse de hinojos, para despedirse así de su ilusión de siempre de sus adorados libros.»

En cambio se indigna el ánimo al ver que preguntan: ¿quién armó la mano de Pardiñas, Morral, Angiolillo, Artal, Pons...? y no sabiendo contestar, lanzan terribles anatemas para los asesinos y cómplices, y piden a Dios que salve a España!

Eos que tanto lamentan y lloran los crímenes anarquistas, los que piden y claman el remedio de tan execrables actos, son ellos, inconscientemente, los autores, y contra ellos hemos de gritar los que no estamos contaminados por la viciada atmósfera, la suicida libertad que padecemos.

Con sus cantos de sirena, con sus propagandas libertoidas, han creado un ambiente que nos ahoga, que nos consume, que nos asesina.

¿Queréis libertad de asociación, libertad de tribuna, libertad de prensa, libertad de cátedra?

¿Queréis poder manifestar pública y libremente vuestro sentir, los ocultos pensamientos y vuestras más recónditos deseos?

Pues aceptad resignada y pacientemente las consecuencias de ello. No quejarse ni echar la culpa a otros, porque demostraréis la mayor de las inconsecuencias, la más grande de las imbecilidades con admitir y esperar las premisas y protestar y escandalizarse y hasta combatir las consecuencias.

Pero no; es que un velo muy tupido y obscuro cubre su vista y solo ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio; es que los conocedores del mal en su raíz, son pecadores impenitentes; es que si alguno llega a confesar su pecado, no hacen firme propósito de enmienda.

Y como Dios no perdona el pecado

sin confesión y enmienda decidida, permite y tolera estos y otros sucesos mucho mayores para aviso y castigo de los culpables, tanto instigadores, como ejecutantes y cooperadores.

¡A cuántas amargas reflexiones se prestan estos atentados!

No quejaros, liberales, de todos los matices; no indignaros, insesatos liberalizantes; no pidáis castigo, infames liberalizadores, todos en ello pusisteis vuestras manos. Llorad y arrepentíos. Proponed la enmienda y variad de conducta.

D. CANO.

«Que Dios haya acojido en su seno el alma del insigne republicano e ilumine a todos los hombres políticos para arrancar de raíz la maldita planta que produce tan horribles crímenes.»

«Y que esto lo diga gravemente La Epoca, siendo órgano del partido conservador, y su jefe el director de la política española!!»

MEDITEMOS

Al escribir estas líneas el mapa de Turquía encuéntrase extendido sobre nuestra mesa de trabajo.

¡Turquía... qué grande aparece en el mapa!

Macedonia, Tracia, Albania, Rumelia, el Bósforo, los Dardanelos... todo es turco. Domina el imperio en el mar Egeo y en el de Mármara.

¡Cuán pequeños son, comparados con Turquía, los Estados fronterizos!

¡Qué chica Grecia!
¡Qué pequeña Bulgaria!
¡Qué reducida Serbia!

¡Montenegro todo, tiene menos habitantes que Constantinopla...!

Pero reflexionamos sobre los acontecimientos actuales y vemos a los Estados, que conocimos feudatarios de Turquía y luego independientes, adquirir robustez, entusiasmo y brío; los vemos erigirse en reinos y últimamente arrojar el guante a la que fue su opresora.

Tracia, Macedonia, Rumelia y Albania casi dominadas por Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro...

Ciudades y pueblos, valles y montes, bosques y ríos dejando de ser turcos...

La media luna huyendo, y avanzando la Cruz...

¡Cuán grandes resultan ya los Estados fronterizos, y Turquía qué pequeña, débil y diminuta comparada con ellos.

La sorpresa, el asombro y el pavor causados por el rápido y completo vencimiento de los turcos, cesan ante las siguientes reflexiones:

Hoy el emperador no es lo que antes era.

Mermada su autoridad y regateados sus derechos, yace muy eclipsado su prestigio.

El soldado en tiempos sufrido, duro y ardoroso, no escucha ya la voz de un jefe que antes lo mandaba en nombre de un emperador, a quien ahora no respeta, y en el de la disciplina militar, hecha hoy pedazos.

El jefe, dedicado a la política y a la intriga, ha dejado de ser el guerrero que sólo pensaba en pelear, morir o vencer.

Los jóvenes turcos han matado a su patria entonando la *Marsellesa*; la han matado arrojando al ejército en la disciplina y al pueblo en el motín.

O lo que es igual, desgarrando la antigua bandera y apagando en los corazones el amor a la patria... Y sin entusiasmo, sin amor y sin fe, sólo se va a la derrota, a la vergüenza, a la ignominia.

Seguimos con detenimiento el desarrollo de la cuestión de Oriente, leemos cuanto de la guerra y sus causas se escribe, y entre lo mucho aprovechable, por la enseñanza que encierra, encontramos relatos de corresponsales y en ellos datos que arrojan luz suficiente para ver muy claras ciertas cuestiones.

¿Quiénes son los militares en cuyas manos han puesto los jóvenes turcos el porvenir, la honra, el prestigio y la integridad de Turquía?

Pues Aziz Pachá... alma del Comité revolucionario *Unión y Progreso*.

Abdullah Pachá, generalísimo del ejército del Este... exdirector de la revolucionaria *Liga Militar*.

Zkk Pachá... cabecilla del ejército revolucionario, rebelde y sublevado que llegó desde Salónica para destruir a Abdul-Hamid y sostener al Parlamento...

Eos, eos son los jefes actuales del ejército turco. Jefes elegidos por los comités, hijos de las Ligas revolucionarias, a propósitos para echar discursos, para hablar de reformas, para presidir mitines, pero incapaces de vencer ni de defender a su patria.

Turquía, ha vencido, derrotada, casi inerte; a las plantas de pechuchísimos Estados; pero no son éstos los débiles que la han vencido.

Su principal derrota la debe al virus, a la lepra, a los principios, immoralidades y procedimientos revolucionarios llevados a ella por los jóvenes turcos.

Por eso contra ellos dirigese la justa indignación de los habitantes de Constantinopla, y tienen que huir para librarse de las iras del pueblo.

Leámos en el mensaje que los rufos dirigen a sus hermanos de Serbia y Bulgaria:

«La Providencia ha debido dar su bendición a los combatientes...»

«Una gran misión histórica os está confiada: purgar al país eslavico, que recibió el primero la poesía, la ciencia y la religión cristiana, de la traza oprobiosa de las hordas bárbaras.»

«¡Que Dios os proteja, amados hermanos combatientes!»

En la breve proclama del zar Fernando de Bulgaria, dirigida a su ejército, se repite la hermosa frase de Pedro el Ermitaño:

«¡Dios lo quiere!»

«Los Estados balcánicos luchan en nombre de Dios... y vencen.»

En cambio los turcos descienden al palenque sin invocar nombre alguno, sin siquiera los aneros de la luna... y son vencidos.

El Orbe católico se prepara para conmemorar una fecha gloriosa.

La Cruz brilló en el horizonte; levantada en los estandartes de Constantino venció al paganismo en Roma, y vino la paz para la Iglesia.

Al cumplirse diez y seis siglos del magno acontecimiento, la Cruz brilla sobre el imperio de Oriente, llevada en los estandartes búlgaros está a punto de vencer en Constantinopla a la media luna, y... solo Dios lo sabe.

¡Meditemos!

KANO.

Hay que arrancar de raíz la maldita planta que produce horribles crímenes. Así lo desea, y pide a Dios, La Epoca.

Católicos: arrancad el liberalismo de España. Esa es la maldita planta.

Teoría y práctica

Siempre que un trágico suceso de la índole y gran magnitud del acaecido en Madrid, conmociona al mundo, es general el horror que produce, como generales son las protestas y recriminaciones que levanta.

En la ocasión presente la víctima ha sido el Presidente del gobierno Español y en España y por circunstancias de todos conocidas, en esta hermosa región levantina de un modo especial, la emoción ha sido enorme, el sentimiento unánime, la execración violenta e impetuosa.

El corazón siente esa impresión, hace exteriorizar esa pena, dicta esa potente protesta, pero en esos movimientos espontáneos de las multitudes, la cabeza no tiene la serenidad necesaria para juzgar desapasionadamente el suceso.

De ahí que el dolor sea grande y se manifieste con fuerza, de ahí lamentaciones que entristecen el ánimo, de ahí peticiones de remedio y castigo para tales atentados. ¿Pero lógica? ¡Ah,